

# Descenso al Bowery

Vicente Quirarte

*Con el trasfondo de una Nueva York decimonónica tan abigarrada como fascinante, La isla tiene forma de ballena — novela de próxima publicación en el sello Seix Barral— despliega una trama que mezcla la intriga política con el suspenso digno de un relato policial, en lo que es una nueva muestra del talento plural de Vicente Quirarte, nuevo integrante de El Colegio Nacional.*

Como muchas otras voces fundadoras de la isla, *Bowery* proviene del holandés *bowerij*, que significa granja. Antiguamente llamado Camino a Boston, había afianzado su nombre con orgullo. Calle, barrio y querencia, extendía su poderoso y sanguíneo brazo a lo largo de kilómetro y medio. El comercio que en la orgullosa arteria de Broadway se exhibía en vitrinas lujosas, aquí ocupaba el espacio más democrático de la acera. Además de los innumerables comercios establecidos, vendedores de jabón, fruteros y comerciantes en ropa de medio uso pregonaban simultáneamente su mercancía. La noche de sábado en el Bowery parecía haber atraído a toda la población de la ciudad. Omnibuses repletos de ocupantes que abandonaban los vehículos precipitadamente, como sardinas liberadas de su encierro, parvas de *Bowery boys* con traje flamante y zapatos fuertes entraban a las numerosas cervecerías que ostentaban letreros en grafía y lengua originales de Alemania; muchas dependientes de Broadway, con su salario recién pagado en la oferta callejera conseguían lo que en las tiendas donde eran dependientes jamás podrían comprar. Las animaba un silogismo de oro: John Jacob Astor gana diez dólares por minuto: si tengo diez dólares en la mano soy por un minuto tan rica como él.

Zeus Arrieta y Sebastián Casanueva bajaron del tren en la estación junto a Cooper Union, en la desemboca-

dura del río humano del Bowery. Les salió al encuentro el gran mercado Tompkins, donde las carnes, exhibidas como joyas en escaparates, atraían a compradores venidos de muy lejos. Con el mismo carácter protagonista brillaba el edificio de Tamany Hall, cuya fachada lucía los nombres de los candidatos republicanos para la próxima legislatura. En medio de todo ese derroche de luces y ofertas, destacaban las cuatro imponentes columnas dóricas del Great Bowery Theatre, reconstruido después de los incendios. Padre y emperador en la corte de los milagros ocupada por tabernas, bares de ostras e incontables cafés concierto, era como si el teatro diera nombre al barrio y a la calle y no a la inversa. Sobre sus muros estaban sobrepuestos anuncios de las obras que habían durado más tiempo en cartelera: *The Red Robber of the Blue Hills*, *The Pirate's Daughter*, *The Black Crook*. Los blancos querían ser negros en los numerosos cafés concierto donde alternaban el banjo, el violín y los tambores.

Casanueva no tenía duda de que en el barrio bravo podían encontrar información valiosa, pero no se le escapaba que en ese medio Zeus Arrieta se sentía más natural y más libre. Avanzaba majestuoso y seguro en medio de ese torbellino de voces, perfumes y energías. “Sólo hasta la plaza Chatham. Más allá comienzan los Five Points. Se puede entrar pero salir quién sabe”. Había sido la advertencia de Arístides Bringas.

—Un trago preciso, en el momento adecuado, riza el cabello, abrillanta la mirada, afianza la dentadura y despierta el amor por las mujeres —dijo, expansivo, Zeus Arrieta.

—¿No extraña su arpón ballenero, don Zeus?

—Es parte de mi vida, como te habrás dado cuenta, muchacho. Hubiera sido muy escandaloso traerlo. Pero no vengo desnudo.

Le mostró el temible cuchillo en su chaqueta.

—¿Sabes de dónde viene el nombre de este cuchillo?

—Algo intuyo, pero si me cuenta la historia, mejor.

—El cuchillo Bowie, como muchas otras cosas, es un invento de nuestros invasores pero a nosotros los mexicanos nos toca parte de su autoría.

—¿Cómo es eso?

—James Bowie fue uno de los defensores muertos en el fuerte del Álamo. Para pelear utilizaba un sable que rompió en uno de los enfrentamientos. Con lo que le quedaba, Bowie siguió peleando y se dio cuenta de

que el tamaño del arma era ideal para maniobrar. Es menos largo que un sable pero su hoja es pesada y tiene filo por los dos lados. Letal y perfecto el juguete.

Del interior de los *beer garden* salían, además de las risas, cantos de la patria de origen de sus dueños y parroquianos. A la entrada de un estrecho local, ataviada con enormes arracadas y todas las pulseras del Oriente, una gitana de cabellera brava, a punto de ser bella, invitaba —obligaba— al transeúnte a que su suerte le fuera revelada. Asíó fuertemente a Casanueva por el brazo. Zeus Arrieta lo animó:

—Anda, muchacho, no te va a morder.

—Morderme no, pero robarme sí. ¿No se acuerda lo que dice Cervantes en “La gitanilla”? Esta gente no puede evitar despojar al prójimo de lo suyo.

—No me acuerdo porque no sé quién es ese Cervantes que dices. Pero entra. A lo mejor te dice lo que vamos a encontrar. O tal vez te diga lo que queremos saber.

—¿Y qué queremos saber?

—Cuándo, dónde y con quién.

Casanueva entró en el reducido espacio de la gitana, impregnado del olor penetrante de su carne y de todas las plantas medicinales existentes. Puso sus grandes ojos pintados en los suyos, le abrió la mano y en su palma comenzó a decir, en un inglés con acento marcadamente alemán:

—Esta es la línea de la vida. Dice que la tuya va a ser muy larga. Pero conocerás a la muerte muy pronto.

—¿Por fin? ¿Voy a vivir pero a conocer pronto la muerte?

—Es lo que tu mano dice.

—¿Qué tan pronto?

—Prrrnto, muy prrrnto— sentenció la gitana, abriendo desmesuradamente los ojos.

Casanueva sacó un dólar, divertido y listo para salir del antro.

—Son cinco dólares, criatura— dijo la gitana sin soltarle el brazo.

Enfadado, Casanueva se libró de la tenaza y salió nuevamente a la calle. Se incorporó a Arrieta mientras la gitana soltaba una sarta de improperios en su propio, indescifrable dialecto.

—¿Qué tanto te dijo, Sebastián?

—Sandeces, don Zeus, qué esperaba.

De todos los teatros de variedades que pululaban en el barrio, Zeus eligió el que en opinión de Casanueva era el más arrabalero y desastrado, el que tenía la mayor cantidad de mujeres, las más pintadas y vulgares.

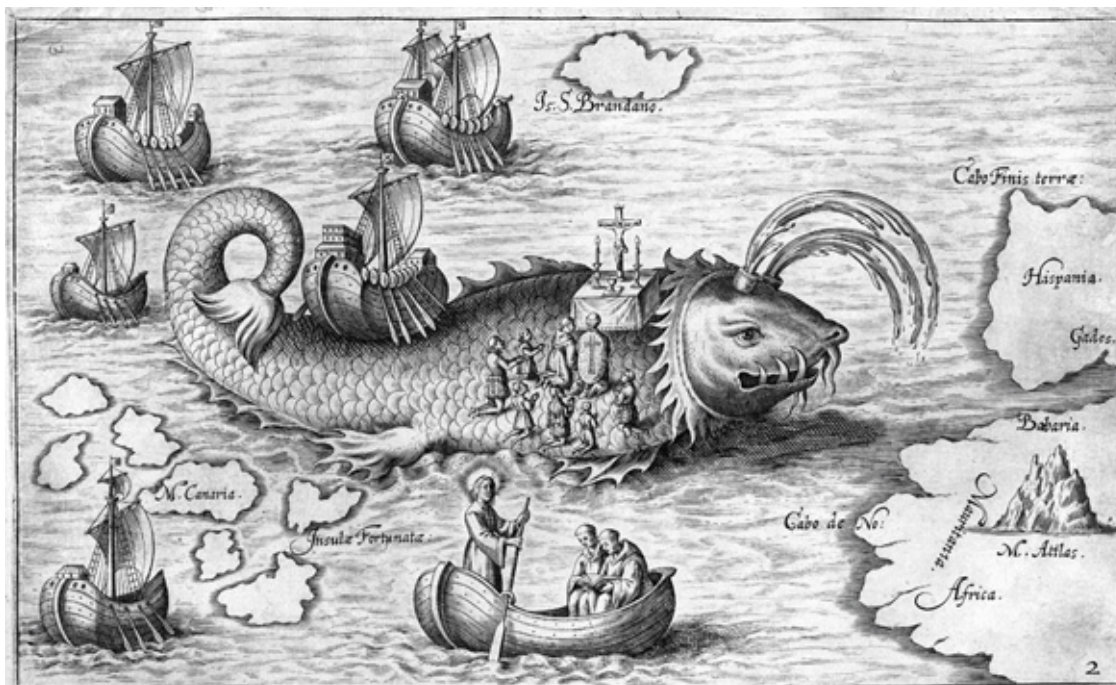
—Don Zeus, esto no tiene cara de teatro.

—No, es un burdel. Y si no me equivoco, el más feo y por eso el mejor de todo el Bowery.

—¿En verdad vamos a entrar aquí?

—En verdad, muchacho. Aquí vamos a hallar lo más selecto de lo peor.





Casanueva lo siguió, resignado.

Zeus abrió los brazos en la señal universal de posesión del mundo. Sin esforzarse por hablar en inglés, y sin acudir a las habilidades de Casanueva, en español muy fuerte, espetó:

—A ver, una jarra grande de cerveza y una botella de whisky. Me atienden bien a estas damas y, por supuesto, le dan trato especial a mi muchacho.

Dos mujeres, las más gordas y escotadas del burdel, fueron a sentarse en las piernas de Zeus, que celebraba el hecho con grandes carcajadas. Todo en el local era rojo: tapices, sillones, vestidos de las diablesas. La música de un piano saturaba el ambiente, junto con el humo, los espejos que en marco dorado duplicaban el tamaño del local y hacían honor a su nombre, *The Red Hell*.

A Sebastián le destinaron una joven pálida, casi niña, que se le pegaba al cuerpo y ronroneaba. El tiempo que para Zeus Arrieta era breve se hacía eterno para Casanueva.

—¿Por qué eres tan serio, cosita?

De las palabras de la muchacha, Casanueva derivó verdades tan rotundas como innegables: él no estaba serio sino era serio lo cual significaba que siempre lo estaba.

—Como dijo San Agustín, es pecado estar triste —dijo Zeus.

—Yo no estoy triste sino aburrido, que es otra cosa. ¿Ya nos vamos, don Zeus?

—Espera un momento, están a punto de darme la información que necesitamos.

—Lo que estas señoras van a darle es otra cosa. Por mí me iba pero no lo voy a dejar solo en este nido de víboras.

—Mira, Sebastián, vamos a hacer un trato. Como a ti no te gustan las mujeres...

—Tampoco, don Zeus, las mujeres sí me gustan...

—Lo que quiero decir es que estas mujeres no te gustan. Vamos, no eres de putas. Entonces, en lo que yo me entretengo, asómate a ver qué ves.

Zeus Arrieta acompañó sus palabras con acciones. Tomó a las dos mujeres por la cintura y se dirigió a las escaleras del burdel.

—A ver, niñas, traigan el whisky. Que no se vean miserias.

—Niñas, ya ni la amuela, don Zeus.

—No hay otra palabra en inglés, niño. *Girles* niña, muchacha. O puta. Como quieras. Más bien, como le convenga a uno.

Sebastián Casanueva detestaba que le llamaran *niño* pero se tragó la palabra.

—En fin, todo sea por la causa— remató.

—Así me gusta. ¿A poco crees que esto no es por la causa?

Zeus Arrieta acompañó sus palabras con una sonora nalgada a una de las muchachas, esforzadas en hacer más escandalosa su risa. El herrero desapareció en la escalera mientras Casanueva se quedó en el salón con su acompañante.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo como quieras. Puedes llamarme como tu novia.

—No tengo.

—Mejor, entonces bautízame.

—Salomé.

—¿Salomé? Me gusta como suena. Está bien, así voy a llamarme para ti.

—Era el nombre de una reina que le cortó la cabeza a San Juan Bautista y que...

—No echas a perder el nombre. ¿Por qué no mejor vamos arriba? Allá me sigues contando.

Casanueva se dejó llevar. Desembocaron en un largo corredor lleno de puertas. Alcanzó a escuchar detrás de una de ellas las sonoras carcajadas de Zeus Arrieta. Subieron a un tercer nivel y al fondo del pasillo entraron en el cuarto al que lo llevaba la muchacha. Además de la cama había un penetrante, casi mareador perfume almizclado. Y una mujer de espaldas. Cuando se volvió, Casanueva vio, además del lujoso vestido rojo sangre que la ceñía, el pequeño revólver Deringer en su mano.

—Luz Contreras Flannagan.

—Buenas noches, bonito. Un placer verte de nuevo. Aunque sea la última vez. ¿Cómo te trataron mis muchachos? Porque los tuyos no se portaron precisamente bien con ellos, que digamos.

—Vieja miserable...

—Ni vieja ni miserable. ¿Qué palabras son esas en un chico tan guapo y tan educado?

La puerta de la habitación se abrió para dar paso a un gigante como los que lo habían golpeado afuera de Pete's Tavern. Antes de que pudiera reaccionar, Casanueva ya estaba sujeto, atado a una silla y amordazado.

—Así, calladito, te ves más bonito. Contigo vamos a ir más tarde. Eres nuestro objetivo número dos. En cuanto al primero...

Luz Contreras Flannagan guardó el revólver en la bolsa que tomó del buró y sacó el arma blanca que sabía manejar con tanta maestría. La puso frente al rostro de Casanueva.

—Va a ser una verdadera lástima acabar con esta bella carita. Pero es por la causa.

Casanueva se revolvió, impotente en la silla, ante las mismas palabras que había utilizado. ¿Desde cuándo estaba Luz en ese infierno? ¿Desde dónde los había seguido? Sintió un golpe en la cabeza y perdió el sentido. No supo cuánto tiempo transcurrió en la habitación. Cuando despertó, la luz del día comenzaba a entrar por la ventana. Escuchó un continuo cerrar de puertas y pasos acelerados en el pasillo. La puerta se abrió violentamente para dar paso a la figura de Arístides Bringas, que de inmediato desató y desamordazó a Casanueva.

—Capitán, no sabe cómo me alegra verlo.

—A mí también me da gusto verte, muchacho. Y sobre todo que estés bien. Porque estás bien, ¿verdad?

—Claro que estoy bien. ¿Y don Zeus?

—Ese sí no está bien. Más bien ya no está.

—Cómo.

—Llegamos tarde, qué le vamos a hacer.

Salieron de la habitación, descendieron por la escalera y llegaron al cuarto ocupado por Zeus Arrieta. Cuatro policías uniformados se amontonaban en la puerta. Una sábana ensangrentada cubría al gigantesco cuerpo de Zeus Arrieta. Estaban también, llorosas y asustadas, las dos mujeres compañeras de Arrieta.

—Ya las interrogué. No fueron ellas.

—Claro que no fueron ellas, capitán.

En una de las sillas estaba la chaqueta marinera de Zeus Arrieta y dentro de ella, intacto en su funda, el cuchillo Bowie. De la habitación no había desaparecido el perfume en el que se combinaba la animalidad del almizcle con cítricos recién cortados. **u**



Ciudad de Nueva York